

Febrero 2013

La Curuja

Revista Cultural Independiente - Nº 8 - Segunda época



Filandón

Abel Aparicio

El calor de las palabras en la noche
alimentaba la llama del legado
que en forma de cuentos
os dejaron vuestros antepasados
cuando los copos de nieve
jugaban al escondite con las chimeneas.

Las noticias brotaban de los surcos de la tierra
y alcanzaban las cotas más altas de verdad,
aunque fuesen adornadas por la altura de los sueños.

Los lazos trenzados con los hilos de la amistad
no entendían el silencio de la soledad
y una algarabía de leyendas se manifestaba
a las puertas de la magia
que produce el baile de las palabras.

La necesidad en vuestros días
hizo que la imaginación
cubriese las paredes de cada cocina
del color de las sonrisas.

Por eso hoy, los nietos de aquellas noches
os pedimos que nos reveléis
donde las xanas y los tragos
escondieron la llama
para encender el diálogo
y apagar la televisión.



EDITA: COLECTIVO CULTURAL "LA IGUIADA"
COORDINADOR: MANUEL CUENYA
FOTO DE PORTADA Y OTRAS: MANUEL CUENYA
DEPÓSITO LEGAL: LE - 760 - 2009

Índice

Abel Aparicio Filandón	2
Antonio Vega García Los guardianes de las últimas viñas y vinos de Noceda del Bierzo	4
Manuel Cuenya III Encuentro literario en Noceda del Bierzo	7
Nanci de Paz Fernández Hablando de viajes	11
Jovino Andina Yanes Vocabularios locales	15
Vicente Benítez Villanueva Campa de Santiago, Campo de Marte	17
Ricardo González López A los abuelos	22
Luis Nogaledo Juan Francisco Tabernero de Paz	26
Javier Arias Nogaledo La manta roja	27
Tono Sahagún Reflachos pachoucus (relatos anticuados): Día de cabriada y crucigramas	30
Ana María Romero Yebra El viaje	34

Los guardianes de las últimas viñas y vinos de Noceda

Antonio Vega García

Aunque el vino de Noceda del Bierzo, y su calidad, aparecen ya mencionados en legajos medievales de la Basílica de San Isidoro de León, época en la que esta localidad le pertenecía, en la actualidad apenas quedan media docena de viñedos en todo el valle de Noceda del Bierzo.

Tampoco es que sus habitantes desecharan esta ancestral labor agrícola, pues el valle sí tuvo amplias zonas llenas de vides, pero además unas cuantas familias de Noceda del Bierzo eran grandes propietarios de viñas en localidades como Viñales o Congosto, mucho antes de que el vino del Bierzo ganara calidad y fama internacional.



Recolectando la uva. (Foto Antonio Vega)

Lo que sí ha sucedido, en los últimos años, es una pérdida de los viñedos de la localidad, que han ido desapareciendo hasta quedar reducidos a la mínima expresión.

En la actualidad, las viñas sirven para la elaboración de vino casero, sin destino a la producción industrial de Vino del Bierzo, pese a encontrarse dentro de los límites de la Denominación de Origen. Una de las más grandes, y la única que queda en una antigua zona de viñedos llamada *Revuelo*, es la viña de Tomás Arias Marqués, Tomasín.

Una docena de personas, amigos y familiares acompañan a Tomás en una jornada ideal de vendimia, un día cálido pero con nubes que impiden abrasarse bajo el sol. “A las uvas no le vendrían mal una semana más, pero igual se echa encima la lluvia”, comenta Tomás, justificando la fecha escogida para la labor agrícola (primer fin de semana de octubre) y pese a que el dulzor de las uvas mencía es más que

destacable. Ataviados con cestos y un buen cuchillo recogen variedades de mencía y garnacha que irán destinadas a la elaboración de un caldo casero conforme a las técnicas más tradicionales, un poco alejadas de las modas de elaboración de la industria vitivinícola.



Vendimiadora en plena faena. (Foto Antonio Vega)

Así, en una tarde de sábado las manos desnudan a las viñas de sus frutos para convertirlas más tarde en un jugoso y dulzón zumo con el que trans-

mutar el milagro de convertir la fruta en vino, tal y como desde hace siglos se documenta que se realiza en la zona.

El esfuerzo de la recogida manual de los racimos y su traslado, cargando sobre los hombros los baldes llenos del codiciado fruto, bien se merecen una alta graduación alcohólica para que el vino que produzca sepa mejor, con el sabor añadido del trabajo bien hecho.

Elaboración de vino casero *nocedano/nocedense*

El mismo día que Tomás realiza la vendimia, nos encontramos con Santiago Álvarez y su hijo, José, que tienen el tractor lleno de la uva recogida en una viña familiar de Viñales, y lista para empezar el mágico proceso de convertirse en vino.



Estampa típica de la vendimia. (Foto Antonio Vega)



Sacando el mosto de la despalilladora camino de la cuba donde fermentará. (Foto Antonio Vega)

La tradicional pisada, a la que se destinan los racimos recogidos de uvas, se transforma en estos tiempos en la introducción de la uva en una máquina despalilladora, que elimina esta impureza, y ahorra tiempo y cansancio en esta tradicional labor agrícola. El dulce mosto corre con escasas impurezas hacia la cuba de acero inoxidable para pasar a su fermentación.

En esta ocasión, la mezcla de variedades es la que tiene la centenaria viña propiedad de la familia durante generaciones, un mucho de mencía, algo de garnacha, un poco más de godello y también palomino. Una mezcla a la vieja usanza, con los saberes de la enología tradicional. Todo para elaborar

un rosado oscuro que disfrutar en el año nuevo.

La técnica que usa la familia Álvarez supone que el rico mosto recién “pisado” pase 21 días fermentando para después *trasegarlo* y que comience su reposo en cubas para poder disfrutar con la llegada de la primavera de un buen y auténtico vino casero berciano.

Los secretos para que el vino tenga un buen sabor y mejor presencia prefieren no contarlos, en eso la tradición sigue mandando. Ahora sólo queda esperar unos meses para poder degustar el nuevo vino con otros de los productos que se elaboran en estos meses como los buenos embutidos bercianos o unos pimientos asados. ◆

III Encuentro Literario en Noceda del Bierzo

Manuel Cuenya



Narradores y poetas en el III Encuentro Literario en Noceda del Bierzo: Fátima Delgado, Raquel Viejobueno, Abel Aparicio, Miguel A. Curiel, Noemí Sabugal, Carlos Fidalgo, M. Cuenya, Gabriel Folgado, Ana María Romero y Jovino Andina.

Un año más volvemos a reunirnos al amor sagrado de las palabras, que en ocasiones se revelan curativas, balsámicas, auténtico elixir de vida, acaso como las aguas de las fuentes y manantiales medicinales de la sierra de Gistredo.

Noceda del Bierzo ha vuelto a recoger un encuentro literario, el tercero (qué maravilla), donde nos hemos dado cita varios amigos y amigas para recitarle poemas y aun relatos al útero, nuestro espacio amoroso, el lugar en el que uno acaba encontrando la temperatura afectiva adecuada,

porque los seres humanos, más que estar rodeados de espacio, sobre todo de espacios amorosos/amistosos, también necesitamos estar rodeados de tiempo, la sangre con la que siempre nos gustaría/me gustaría escribir.

Tras una breve presentación del último número de la Curuja y de mi

fragua, forjada con ilusión y sueños, e impregnada con aromas y sabores del lado de acá (la matria) como del lado de allá: otros lugares en el mundo, comenzó el “espectáculo” literario con la intervención, siempre certera, de Jovino Andina, maestro que a uno le hubiera gustado tener, taramundés, bembibrense de lujo, que nos deleitó con un relato precisamente sobre su pueblo natal, Taramundi.

A continuación intervino Raquel Viejobueno, que tuvo la amabilidad de venir desde la capital del Reino hasta el Alto Bierzo, donde las ondinas nos siguen arrullando con sus cánticos. Viejobueno nos leyó un texto, dedicado a Noceda (recogido en el número anterior de la Curruja). También nos recitó algunos poemas en prosa. “Qué extraordinario, Raquel, que hayas venido desde tan lejos”, le dije. A lo que ella, categórica, me respondió: “Si he viajado a Santiago de Chile y a La Habana para hacer cafés literarios, porque no iba a venir a Noceda”. No es la primera vez que Viejobueno visita Noceda (y espero que no sea la última).

La primera vez llegó atraída por la maestra y poeta nocedense Felisa Rodríguez, porque curiosamente su madre se llama igual. Y en dos ocasiones anteriores al menos Raquel ha visitado

el útero para hacer, primero un café literario dedicado a la literatura de viajes, y segundo para presentar una Antología de *La noche*. En ambos tuve el placer de colaborar con ella.

A Raquel Viejobueno le siguió el poeta de San Román de la Vega, Abel Aparicio, que escribe con la sangre de la tierra (léase su excelente *Tintero de tierra*), y siempre está del lado de los débiles. Estoy contigo, Abel.

La ronda de poetas y narradores prosiguió con la presencia de Fátima N. Delgado, actriz, profesora y poeta del Barco de Valdeorras, que nos recitó algunas poesías, tanto en castellano como en *galego*, de su *Vestida de Domingo*.

Después de Fátima intervino Curiel, cuya voz resulta única en la poesía contemporánea, viajero a los confines de la noche, en la que las gatas no siempre son pardas; nacido en Alemania aunque criado en muchos lugares, que nos leyó un poema y un texto en prosa poética. Lástima que no trajera su guitarra para cantarnos alguna melodía romántica.

A Curiel le siguió Noemí G. Sabugal, periodista y joven narradora con talento, que ha cosechado grandes éxitos con sus novelas, *El asesinato de Sócrates* y *Al acecho*. Noemí nos leyó dos

microrrelatos, con mucho humor, y un fragmento, escrito en prosa poética, de su obra *Al acecho*.

Aunque no se trata de un narrador ni de un poeta, también intervino el cineasta berciano Gabriel Folgado, Beli, que nos habló de su último documental, *Ancestral Delicatessen*, rodado en Noceda del Bierzo (y en París) sobre el mundo de las castañas.

Antes de finalizar el Encuentro, Jovino Andina invitó a que participara su amiga, la escritora de literatura infantil Ana María Romero Yebra, que se encontraba entre el público, la cual recitó unos poemas nada infantiles. Y acto seguido el redactor del Diario de León, Carlos Fidalgo, nos leyó unos poemas, aunque Fidalgo sea conocido sobre todo por su faceta periodística y aun como narrador, pues ha escrito, aparte de un libro de relatos cuyo título es *El país de las nieblas*, en clara referencia

al Bierzo, una obra breve e intensa titulada *El agujero de Helmand*, impregnada con las fragancias rulfanas de los muertos que nos hablan desde el lado de acá y también desde el lado de allá.

Seguiremos apostando por nuestro útero o matria: el lugar donde uno acaba encontrando su espacio amoroso/afectivo. Hasta el próximo encuentro.

*Olvidaba, ay, deciros que, como maestro de ceremonias, leí el poema *Mi matria*, con la inspiración/transpiración del gran Ledo Ivo, que estuvo a finales del 2011 en León, para recoger el premio “simbólico” que concede el animado Club Leteo, bajo la batuta de Rafa Saravia.

Recientemente, en diciembre de 2012, el sublime poeta brasileiro Ivo nos dijo adiós en Sevilla, pero su poesía, su obra permanecerá más allá de nuestro olvido.



Panorámica de Noceda

Mi patria

*Mi patria no es la lengua castellana
sino la lengua de mis ancestros, que hablaban la danza de las estrellas.
Ninguna lengua es una patria.
Mi patria es la tierra carnal donde nací
y el agua que me arrulla en las llamas del valle.
Son las ranas que se columpian en los regueros y las anguilas sumergidas
en los pozos
y el útero de Gistredo cuyas nieves colorean el mundo, mi mundo.
Mi patria son los nidos de golondrinas bajo los tejados de los corrales,
que supuran hielo y ternura
las mujeres labrando el porvenir de sus retoños en el crepúsculo primaveral
y los cielos sólidos despertando al tiempo.
Mi patria son los aullidos de los lobos
y la silueta de la belleza dibujando el presente.
Mi patria es la mano del minero posada en mi hombro
y el negro escozor de la incertidumbre.
Son los chamizos
y las praderas y los campos donde mis antepasados, luchadores y silicóticos,
tiemblan aún en las madrugadas invernales
y el aroma a heno seco en los pajares
y el calor del ganado
y las ristras de pimientos rojos colgados del corredor
y la mirada inocente de un niño que atravesó el horizonte
en busca de aventuras.
La lengua que hablo puede que sea mi patria.
Ninguna lengua artificial puede ser la patria.
Sólo las huellas que deja la vida
en el nómada deambular
mi patria corre
por el mundo "alante"
mi patria hecha con la carne y con el alma.*

Hablando de viajes

Texto: *Nanci de Paz Fernández*
Fotos: *Miguel A. González*

A George Mallory, cuyo cuerpo apareció congelado muy cerca de la cumbre del Everest sin llegar a saberse si la había alcanzado o no, le preguntaron en 1924 por qué quería escalar el pico más alto del mundo, entonces aun sin hollar. Y él contestó: "porque está ahí".

Lo mismo podemos contestar cuando nos preguntan: ¿Por qué vias? ¿Por qué te gusta viajar? Porque el mundo está ahí, esperándonos.

Los motivos para realizar un viaje (refiriéndose, por supuesto, a viajes no obligatorios) son muy variados y dependen de multitud de factores.

Nosotros, viajeros impenitentes, hemos viajado bastante por impulsos: ves un anuncio atractivo en el periódico, en una agencia de viajes,... ajustas las fechas y te vas. En estos casos, la emoción es menos duradera, pero mucho más intensa,

Normalmente, los viajes obedecen



a proyectos largamente acariciados y minuciosamente preparados, por lo que la emoción se triplica. Disfrutas preparándolo, realizándolo y recordándolo en buena compañía, viendo las fotos realizadas.

Confieso que mis motivaciones para viajar han sido más bien geográficas, y ninguna otra emoción viajera se ha podido comparar a la sentida en lugares que apenas podía imaginar cuando los estudiaba en la geografía escolar: la selva virgen, las cataratas, los volcanes, los glaciares, los icebergs, la tundra, el Nilo,... Eso de pasar el Círculo Polar o tener un pie en el Este y el otro en el Oeste (antes había que ir a Greenwich; ahora ya está marcado el Meridiano Cero, camino de Barcelona) y ya el *sumun* era estar en la mitad del mundo en el mismísimo Ecuador: esas líneas imaginarias que conforman la esfera terrestre...

Con el paso del tiempo, además de los motivos, también cambian los objetivos del viaje.

En nuestros primeros viajes queríamos verlo absolutamente todo. Llegábamos a una ciudad con varias guías y ¡al tajo! este, ese, el otro... Tachando cada monumento visitado, como meta volante alcanzada hasta conseguir llegar al *podium*. Si coincidía un museo

cerrado o había un cuadro en restauración, ya te sentías frustrada.

Ahora, preferimos sentir, sentarnos en una terraza, por ejemplo de Saint Michel, y tomar el pulso a la ciudad, a la que no te importa volver una y otra vez.

Hace poco pasamos un par de semanas en el Tíbet con un grupo internacional (en la actualidad no puedes viajar solo por allí, a no ser que seas un potentado y puedas costear un guía y un vehículo privado). Esto, aunque puede resultar engorroso, te hace acaso el viaje más interesante, porque además de conocer la cultura del país que visitas, también entras en contacto con la idiosincrasia de los demás y la diversidad de motivos para realizar dicho viaje.

Al Tíbet va mucha gente para conquistar alguno de los *ochomiles* que coronan la Tierra, empezando por el Everest. No en vano, estamos en el llamado "Techo del Mundo" y desde aquí, los gigantes se ven cercanos, aunque inalcanzables para este grupo. Eso sí, hay dos chicas jóvenes españolas que viajan para aclimatar, antes de ascender al Campo Base del Manaslu, desde Nepal.

Para otros, el Tíbet no es más que una escala en un viaje alrededor del

mundo. Varios mayores parecen venir a buscar su juventud perdida. Hay un alemán, que no ve nada más que lo que le permite su cámara fotográfica y un danés que se pasa el día dormitando.

Los australianos tienen un aire aventurero muy al estilo de "cocodrilo dundie" y sí, hay un italo-argentino que vive el viaje con una motivación espiritual. Sabe todo lo referente al Budismo, porque es amigo de un lama que vive en el exilio. Tiene encargos suyos para hacer en los distintos monasterios, ya que él no puede volver a su amada y añorada patria. Los hispanos le ayudamos gustosos a cumplir sus misiones, aprendiendo mucho de su sabiduría. Nosotros, que sólo pretendíamos aprovechar un poco más el billete de avión que nos había llevado a Katmandú para ascender al Campo Base del Annapurna.



Lago Santo en el Tíbet

Tíbet, salvando las distancias y las dimensiones, se parece al Bierzo: en que está rodeado de montañas y cuajado de monasterios, situados en lugares de gran belleza.

Tíbet es marrón, pero si sabes mirar descubres que la gama del ocre, al casi rojo, es tan variada como la de nuestros verdes.

La meseta del Tíbet es esteparia. No hay árboles. Sin embargo cruzando las pequeñas aldeas me parecía regresar a la Noceda de mi infancia: hombres arando, mujeres ayudando de acá para allá, niños cuidando rebaños (de ovejas y Yaks), familias y animales volviendo a casa al caer la tarde.

Hace frío. Un frío intenso por encima de los 5.000 metros en los "los pasos" (puertos) llenos de banderolas de oración. Hace frío, mientras visitas los monasterios y paseas por las ciudades, a pesar del sol. Pero, sobre todo, hace frío en los interiores que, al igual que en nuestra infancia, se calientan con una estufa central. Solo que allí no les pueden echar nuestro carbón, ni nuestra leña (cuidan los pocos árboles que crecen,

como oro en paño). La alimentan con estiércol y ¡claro! eso no da mucho calor. Por tanto, van muy abrigados. Bajo las faldas largas de las mujeres se adivinan buenos refajos de lana, como los de nuestras abuelas y encima, usan un “mandilín” impoluto con rayas de rico colorido.

Un día, la guía se pasó media hora explicando el funcionamiento de un molino, para algunos difícil de comprender ¡Que cosas!

Cualquier español, de una cierta edad, puede revivir en Tíbet situaciones *dejà vu* (*ya vistas y vividas*): controles militares en todos los cruces, soldados patrullando hasta por los tejados y ese miedo visceral a los libros.

En la frontera, lo único que les interesa es si llevas libros, de qué tratan y sobre todo que no nombren al Dalai Lama (una vez, en la frontera de Irún, nos hicieron sacar todo lo que llevábamos en el coche 600 y también lo único que les interesó fue un libro).

En Llasa, riadas de peregrinos se dirigen a los monasterios: familias enteras con sus mejores galas, girando la rueda de oración, cumplen el precepto anual de visitar Potala, Drepung... en un goteo incesante.

La multitud se agolpa, sobre todo, alrededor del Jokhang, el verdadero

corazón de Llasa, en un ajetreo continuo causado por el murmullo de las oraciones de los peregrinos, el crepitar de las velas hechas con mantequilla de yak y el regateo de los turistas, en los numerosos puestos del mercado.

Podría haber escrito sobre la Historia del Tíbet o los principios del Budismo, pero eso está al alcance de cualquiera con pulsar un par de teclas.

Lo importante es lo que permanece después de un viaje. Conservo en mi retina hermosos paisajes tibetanos. Recuerdo especialmente los profundos lagos color turquesa, en los que se reflejan las cumbres nevadas. En nuestro corazón, se ha hecho un hueco a las personas antes desconocidas.

Admiro la fe de este pueblo, que ha sobrevivido a casi cincuenta años de ocupación y hago votos para que puedan preservar su identidad en lucha con la invasión que cada día les llega en el modernísimo tren procedente de Beijing (Pekín) con conexión a las principales ciudades chinas (unos 2.500 entre turistas e inmigrantes chinos).

Ojalá puedan seguir enseñando al mundo los valores del autocontrol y la meditación porque, conociendo su filosofía, te das cuenta de que lo que de verdad importa es el viaje hacia uno mismo. ◆



Vocabularios locales

Jovino Andina Yanes

“Está bien que nombremos las cosas en berciano para que sean más bercianas, o sean más nuestras”, escribe Antonio Pereira en el prólogo de la edición facsímil (1979) del *Vocabulario del Bierzo*, que Verardo García Rey había alumbrado en 1934.

Y está bien, muy bien, que Manuel Cuenya y José Álvarez González hayan recogido, en sendas publicaciones, el léxico popular de sus pueblos natales, Noceda del Bierzo y Quintana de Fuseros, porque, además de ser una demostración hermosa de amor a las querencias, es asimismo una buena manera de documentar ese patrimonio inmaterial, tan valioso pero tan frágil, que es el vocabulario tradicional. O lo que es lo mismo, las palabras que mamaron, cual leche materna vital y nutricia, y que les sirvieron, des-

de la más tierna infancia, para expresar sus sentimientos y mensajes, y entender los de los demás. Para pedir *lleiche* o *lechi* y jugar al *esconderite*. Para *ra-buscar conjos*. Para *bailare* y *namurase*. Para *vivire*, en definitiva, porque toda la zona nororiental del Bierzo Alto —a la que pertenecen Noceda del Bierzo y Quintana de Fuseros—, cae dentro del área de influencia del leonés, y éste era antaño el vehículo principal de comunicación oral en dicho territorio.

Un vehículo ciertamente mutilado, ahora casi residual, debido al éxodo de



Aparicio, Cuenya, Álvarez, Sahagún y Guerra en Noceda. (Foto: Andina Yanes)

la gente del campo a la ciudad y al fallecimiento de los mayores, sus albaceas; al abandono de la vida tradicional y a la mecanización de la agricultura; a la extensión de la educación

pública y la influencia de los medios de comunicación, que todo lo estandarizan. Por eso es tan de agradecer su recopilación y publicación. Porque las más de tres mil seiscientas palabras que suman el *Vocabulario de Noceda* (2009) y el *Diccionario de Leonés en el alto Boeza* (2010) —presentados el 10 de noviembre de 2012 en Noceda— son otros tantos vocablos inventariados y vacunados contra el olvido, algunos rescatados del silencio como verdaderas reliquias lingüísticas que son. Un legado precioso para cultivarlo cuando es menester, y para regalárselo a los nietos, cual joya preciada del patrimonio raigal; sin que ello signifique ninguna incompatibilidad con el uso del castellano, lengua común de todos.

Y resulta también gratificante constatar que esa misma inquietud cunde en más sitios, porque de esa manera se irá enriqueciendo el corpus léxico escrito de las hablas bercianas, tanto de la zona de influencia del leonés, como de la del gallego, ya que el Bierzo es, también en lo lingüístico, una comarca de transición plural y diversa.

Así, desde el año 2008 en que apareciera el libro *Aportación al vocabulario popular de la comarca berciana*, se publicó además, en el 2010, el *Léxico y literatura de tradición oral en el entor-*

no de Las Médulas de Fernando Bello Garnelo; el *Glosario temático crítico y etimológico de las hablas del El Bierzo* de Jesús García García, en el 2011; y a finales de 2012 vio la luz, en el número 37 de la revista *Estudios Bercianos*, el *Vocabulario propio de una aldea del Bierzo: Dragonte*. Otra sabrosa cosecha de 673 vocablos populares recogidos por Carlos Castela en su pueblo natal del Bierzo Oeste.

En fin, nunca ha habido tanto interés como ahora para registrar y poner en valor las distintas manifestaciones de la vida tradicional, las costumbres, el folclore y las hablas. Quizá porque todos somos conscientes de que es una cultura que se nos va de las manos, y ése es un cometido del que no se debe abdicar, porque además de una gran responsabilidad, es también un honor de muchos quilates. Por ello hay que recibir con un aplauso estas aportaciones, porque grano a grano se hace un gran granero. Y aunque para Julio Cortázar, autor de *Rayuela*, el diccionario sea un “cementerio de palabras”; no es menos cierto que cuando las recopilamos y registramos, o las empleamos para comunicarnos, de alguna manera les estamos dando nueva vida, resucitándolas. Un milagro al alcance de nuestras manos. ◆

Campa de Santiago, Campo de Marte

Vicente Benítez Villanueva

Al precioso pueblo de Colinas se llega por una carretera asfaltada y de buena factura partiendo de la ciudad de Bembibre y siguiendo en todo punto el valle del río Boeza. A la entrada del pueblo dos señales de circulación, una a cada lado de la carretera, prohíben el paso rodado a forasteros; mientras una amplia y durmiente explanada, también asfaltada y convenientemente listada con franjas diagonales blancas, a modo de aparcamiento, nos invita a dejar estacionado nuestro vehículo.

“Colinas del Campo de Martín Moro Toledano” —que así de largo bautizaron esta villa— es un precioso pueblo situado al noroeste de la provincia de León, dentro de la comarca natural de El Bierzo, y al pie de las sierras de Gistredo y Silleros, de elevada altura. Era un pueblo afanado en una agricultura de fondo de valle, fértil, con muchos pastizales para la ganadería, vacuno especialmente. Pudo ser un centro

prerromano; romano, dicen que seguro, por el asentamiento en las cercanías de explotaciones auríferas. Al parecer Martín Moro era un general de las tropas de Almanzor que llegó y se instaló por estos lugares dando origen a la toponimia actual. Más contradictoria parece ser la leyenda de su expulsión y reconquista por Ramiro II. Por el contrario, sí parece certificado que los habitantes y descendientes de este pueblo gozaron del privilegio real de estar exentos del “servicio de armas”. Más tarde los misterios caballeros Templarios se asentaron en sus cercanías. Hoy esta villa fue declarada como conjunto histórico “Bien de Interés Cultural” en el año 1994.

Colinas es un pueblo pintoresco, edénico, con casas viejas restauradas, remozadas o reconstruidas, con macetas de pequeñas flores violetas, blancas y amarillas en los alféizares de las ventanas, con bellas casas rurales en alquiler, una piscina natural bajo el puente



Atrio porticado de la ermita del Santo Cristo

y con más de cuatro bares o mesones para el descanso de los caminantes que suben en excursión al pico Catoute (fue considerada hasta la concluyentes mediciones de hace unos años, la mayor elevación de la comarca de El Bierzo con sus 2117 metros de altitud), hacia el oeste, o aquellos que van a Campo de Santiago hacia el norte.

Hoy Colinas es un pueblo aislado, terminal, un lugar adonde hay que ir expresamente. Como nosotros, que llegamos pronto, a la mañana y después de estacionar el automóvil nos dirigimos al pueblo. Todo el que entra en Colinas lo hace pasando bajo el atrio porticado de la ermita del Santo Cristo, un doble arco de lajas de pizarra, te-

chado y con espadaña en el lateral adosada o formando parte de la ermita, pues podría ser de cualquier manera. Es, desde luego, una cálida bienvenida, que nos parece una reminiscencia de aquellos arcos triunfales donde en otros tiempos los romanos del Imperio recibían a sus generales victoriosos; también nos recuerda en un punto a los arcos de las murallas medievales de paso obligado, trocados en aduanas y fielatos. No fue nuestro caso donde nadie nos exigió nada, sino que fuimos nosotros mismos libremente los que habíamos hecho la sana promesa de visitar las fuentes del Boeza. Y es que en este guión no se puede entender Colinas sin el Boeza ni viceversa.

Al pueblo se accede por la calle del Rollo, una calle recientemente enlosada con lajas de piedra blanca hasta el puente sobre el río Boeza. Pronto aparecen pilones de agua, bares y mesones, dispuestos a lo largo de las diferentes rutas. Queremos comprar pan, pero un hombre mayor, seco y con el pelo ceniciento, nos explica que el panadero, que viene desde Noceda del Bierzo, había pasado ya y no volvería hasta el día siguiente.

Aprovechamos para ver la iglesia parroquial y su bonito pórtico reconstruido con tres arcos de piedra desiguales,

ojival el central y de medio punto los laterales, una recia verja de hierro y la rosca de la portada de la iglesia pintada en un azulete que le resta prestancia a la gracia de la piedra. Al interior un elegante retablo neoclásico. En la plaza de la iglesia hay otro bar y varios vehículos aparcados, son modernos y están personalizados, deben ser de residentes veraniegos por sus matrículas foráneas: Suiza, Canarias, Madrid, Francia, Barcelona... Volvemos al puente sobre el río, restaurado también, bajo el cual hay una pequeña piscina natural con el agua remansada donde unas truchas se solazan aprovechando el tibio sol de la mañana.

Salimos para el Campo de Santiago por un camino carretal que es continuación de la calle del Rollo y que discurre por la margen izquierda del río Boeza. En el camino se aprecian leves

vestigios de haber sido enlosado superficialmente en un tiempo pasado. A las afueras del pueblo, en el lugar donde el Boeza recibe al río Susano por la derecha, hay restos de explotaciones de oro, quizás romanas; desde el camino y mirando al río se ven pastizales, choperas castaños y nogales; en el monte, con buena capa vegetal, abunda el monte bajo de roble, escoba y brezo, con algunos nogales: a la izquierda nos sorprende la Cruz del Barreiro, una mole de roca pizarrosa imponente, veteadas y que cuelga sobre el río; en la parte umbría y lateral del camino se encuentran más vegetales: helechos, zarzas, culantrillos, escaramujos y diferentes herbáceas muy crecidas y verdes; el camino está encharcado a trechos, justo donde coinciden los desagüeros de las vaguadas. A veces el agua se encauza por la cuneta para el riego de los prados, otras surgen fuentes que caen desde la altura del corte del camino encañonadas en piedras cóncavas, toscos canales o en las cortezas ahuecadas de los árboles dispuestas como tejas. Hay un rumor permanente, una melódica y agradable sinfonía que viene desde abajo, desde el río, y que nos acompañará siempre hasta su nacimiento. No vemos animales ni tierras cultivadas en el monte, sólo se observa en la ladera



Puente sobre el río Boeza

opuesta y mimetizada con ella una *alvariza* que encierra un pobre colmenar de media docena de colmenas modernas, que dan una nota de vida y color en este tramo.

El río Boeza va encajado y el valle se estrecha. Un aguilucho sobrevuela el valle Cebolledo. Más adelante nos topamos con “El Paleiro” un bosque con acebos y tejos, una zona escarpada con picos desnudos y grisáceos de pizarras desprendidas. Seguimos el ascenso a buena pendiente.

Fresnos, alisos y *salgueiros* (sauces) desplazan en el valle a los constantes álamos, que si aparecen más tarde, lo hacen de forma aislada. Llegamos así al primer pontón de madera que nos forzaría a cambiar el camino de senda y margen, subiendo después de cruzarlo por la margen derecha. El leve y ligero puente construido de circunstancias consta de tres troncos de roble no muy gruesos de un lado a otro de la orilla sobre el que van claveteados unos troncos que forman el piso del pontón. Todo muy rudimentario. Este primer pontón obliga a cambiar el vehículo todo terreno por el “coche de San Fernando”, y así se puede llegar con un vehículo todoterreno exactamente hasta el primer pontón. En esta zona, muy alta ya, hay pequeñas cascadas y

rápidos en el río, mientras la senda que seguimos es en realidad una trocha de balastro, donde el caminar es difícil; en ocasiones, la senda corta a tajo las esquinas rocosas de los montes adyacentes, el río no se ve, va encajado y cubierto de vegetación allá a lo lejos, en el fondo de la vaguada. A la altura de “El Payón”, otro pontón, idéntico al primero encontrado, nos obliga a cambiar de ladera, ahora en la contraria se disfruta de una hermosa vista: Son Las Quejidas de los Fragadales, peladas como una muralla roquedada con chorretones ocre de pasto agostado entre cascajales o guijos de piedra. Acebos, serbales, arándanos, abedules y avellanos aparecen en estas altitudes, también cólchico, caprichoso y salteado en la misma senda, y genciana más arriba. Mariposas de vistosos colores y otras más parduscas, casi negras con topitos blancos laterales. Saltamontes del color de la tierra que saltan alegres a nuestro paso desplegando unas alas azules y translúcidas.

Corre el río Boeza alegre, sonriendo como un niño recién nacido, impetuoso y encajado por el cañón rocoso que lo guía. De pronto, en una revuelta de la senda, nos topamos con la vista de una iglesia. Llevamos andando más de dos horas, quizás ocho kilómetros. Al



acercarnos a la ermita vemos a nuestra izquierda la impresionante pradera alpina de la Campa de Santiago. Una cubeta glaciar rodeada de majestuosos picos de dos mil metros de altitud.

El placer para la vista, el silencio y recogimiento, la sensación de remanso de paz han merecido el esfuerzo del camino. Aquí nace y da sus primeros pasos el río Boeza y lo hace ya con ímpetu guerrero partiendo en dos partes casi iguales este Campo por su longitud mayor; y es que de guerreros Templarios está cuajado el río Boeza.

Cuentan que en este Campo de Santiago se libró una batalla entre las tropas cristianas que venían del norte y las sarracenas que defendían el sur. Tan igualado debió de ser el combate, que las antiguas leyendas cuentan que para ganar la contienda fue necesario el concurso milagroso de aquel “True-

no”, el mismísimo Apóstol Santiago Matamoros que descendió puntualmente de los cielos en su blanco caballo para ayudar a los cristianos que lo habían invocado. Quizá en deuda por aquella intervención, y en honor al apóstol, los vencedores elevaron esta ermita y dieron nombre a la llanura: Campo de Santiago, aunque tam-

bién se sigue conociendo como el árabe Campo de Martín Moro Toledano, fruto y reflejo de la incertidumbre y amalgama de este rico país. Nadie lo sabrá con certeza.

Concluimos con esta épica leyenda de la Campa de Santiago a *nuestro* revoltoso y querido río Boeza, que en el futuro no hará más que acumular enigmas en su fluir inmemorial y pausado, siempre enigmático; ahora es su nacimiento, pero más adelante en su breve vida irán apareciendo los oscuros Caballeros Templarios que abrigaron su nacimiento y muerte, la misteriosa ciudad romana de *Interamnium Flavium*, que aún nadie logra colocar en un mapa acertadamente y el pago medieval de Pomboeza, abandonado y durmiente, a la espera de una caricia, la misma que hoy necesita el propio río Boeza. ◆

A los abuelos

Ricardo González López

He tenido la fortuna de conocer a mis cuatro abuelos, incluso a la bisabuela Tomasa que nos dejó a finales de 1982. Es una suerte, ya que se supone que mis genes son longevos por los cuatro costados. Pero el verdadero privilegio es haber convivido con ellos, haber aprendido de ellos y haber disfrutado junto a ellos. Es un sentimiento difícil de explicar y que sólo los que los han vivido lo entenderán. Dice mi hija que me estoy reblandeciendo, pero no soporto y no concibo ver a niños —y no tan niños— despreciar a sus abuelos, faltarles al respeto. ¡Es un delito, y no pequeño!



Angela y Ludivina

La palabra *abuelo* es, para mí, sinónimo de cariño, de sabiduría, de dedicación y de complicidad. En todas las sociedades, excepto en la capitalista actual, los abuelos son las personas más sabias de la comunidad, la piedra angular de toda civilización, a quienes los más jóvenes acuden a pedir consejo y orientación. Hasta hace dos o tres décadas era así.

En cambio, los abuelos de hoy no han corrido la misma suerte. Les tocó nacer en plena Guerra Civil, o en la posguerra, que no sé que fue peor. Tuvieron que trabajar duro durante su infancia en casa —y fuera de ella— para ayudar a sus padres en la penuria de los años cuarenta y cincuenta. Sacaron este país adelante “*cinchando* de lo lindo” en los sesenta, unos en el campo, otros en la mina, en la ciudad y los más atrevidos emigrando al extranjero.

Y ahora que deberían disfrutar tranquilos de sus últimos años de vida, en el mejor de los casos, les toca hacer de niñeras cuidando y llevando al

colegio a sus nietos. Digo en el mejor de los casos, porque hay abuelos que ni siquiera los pueden ver, ya que se encuentran “recluidos” como muebles en desuso en algún tórrido geriátrico. Desde luego, no ha sido una generación con suerte.



Abuela Ángela

Pero hablemos de los otros, de los nacidos a principios del siglo XX. De los que nos tocaban la pandereta y siempre estaban de buen humor, como la abuela Ángela. De los que pasaban el tiempo de pueblo en pueblo comprando y vendiendo como el abuelo Secundino. De los que siempre estaban a tu lado para ayudarte con las tareas como la abuela Teresa. O de los que te enseñaron a hacer tantas y tantas cosas como el abuelo Domingo.

La última vez, que vi tocar la pande-

reta a la abuela Ángela, fue en noviembre de 1992. Ella ya había cumplido 91 años. Fui a visitarla con unos amigos a su casa. La encontramos con su amiga y panderetera Luzdivina, charlando de sus cosas.

Luzdivina se empeñó en que tenía que tocar la pandereta para que mis amigos franceses la oyeran tocar y cantar. La abuela no quería, pero ante la insistencia de tan distinguido público accedió a tocar “algo”. Cogió su pandereta, salimos a la calle y allí tocó y cantó una pieza al mismo tiempo que se le caían las lágrimas. Le pregunté por qué lloraba. Lloraba por que no podía tocar; le dolían tanto las muñecas que se le caían las lágrimas. Aún así, aguantó el dolor y terminó la canción. Así era la abuela Ángela, todo corazón y buen humor, aunque estuviera sufriendo. Antes de marchar, nos convidó. En su casa siempre había roscón y galletas para las visitas, y cuando se terminaba el roscón, le encargaba otro a Bernardo (el panadero del barrio de Vega, por aquel entonces).

Al abuelo Secundino lo recuerdo sentado en el banco, delante de su casa, con la vieja jarra de porcelana al alcance de la mano. También lo recuerdo en primavera a lomos de su caballo blanco (le llamaba Rocinante por lo



Abuelo Secundino (en el centro de la foto)

delgado y viejo que era). Yo montaba con él hasta la viña de Viñales, mientras el tío Eloy completaba la expedición, caminando con la pareja de las vacas “unidas”. Una vez en la viña, el tío araba, yo iba delante de las vacas y el abuelo la “andaba” con la azada, cavando la tierra que quedaba entre cepa y cepa, “vallao a vallao”. Empleábamos el día entero, así que la abuela nos preparaba la fiambra con rancho para todo el día. A las once echábamos un taco y a las dos a comer. El pobre Rocinante no “iba de balde”, porque, a los 100 kilos del abuelo, había que sumar los serones bien cargados con el capazo lleno de comida y la bota de vino. Por el camino me contaba sus historias. La mejor era una en la que un lobo lo quiso comer. Cuando abrió la boca, el abuelo le metió la mano y, agarrándole la lengua, tiró con fuerza arrancándole lengua, tripas y rabo. ¡Así de ocurrente y bruto era el abuelo Secundino!

La que siempre estaba a mi lado,



Abuela Teresa (Tercera por la izquierda)

pendiente de lo que hacía, era la abuela Teresa. Mi ángel de la guarda. Era como una hormiga, pequeña y trabajadora incansable. No paraba en todo el día ni durante la noche; la recuerdo con un barretero, hecho de escoba, en la mano, barriendo el patio de casa, la calle, la acera y lo que se terciara. Cuando alguien moría en el pueblo, siempre iba al *rosario*. Yo la acompañaba para que no volviera sola. Cruzar la Peralona, sin compañía, no le hacía ninguna gracia. Por entonces no había ninguna casa entre el Verdenal y el Potro de Antonio Furil, sólo la desaparecida ermita del Santo Cristo y la deshabitada granja de Felipote, que tenía un aspecto tenebroso. Aún así, la abuela pasaba todos los días para ir a misa. Don Antonio, *el colmenero divino*, oficiaba a diario, excepto cuando estaba de viaje. A misa no la acompañaba porque ya lo hacían nuestras vecinas: Elvira y Francisca, Marina y Conce o Josefa y Araceli. Ellas tampoco se perdían ninguna homilía.

Pero los mejores recuerdos de mi ángel de la guarda son de cuando amasaba en el horno de casa. Nos hacía una rosca dulce y tortas de chicharrones que sabían a gloria bendita.

De noche, después de cenar, cogía sus cuatro agujas —y la lana de oveja— y tejía calcetines para sus cuatro nietos. La lana, que esquilaba de nuestras doce ovejas, era lavada y cardada. Luego la metía en su rueca, la hilaba y la torcía para que fuera resistente. Así preparaba sus ovillos para luego hacer unos calcetines calientes y duraderos. “Con estos no te entran ni las balas”, decía la abuela, mientras te tomaba la medida para hacer el remate final. Las balas no lo sé, pero el frío os aseguro que no.



Abuelo Domingo

Para finalizar os hablaré del abuelo Domingo. Era un hombre sabio y de principios, de los que ya no quedan. La persona más honesta que he conocido. Solía decirme que hay dos tipos de personas: las de buena fe y las de

mala fe. Con él no había medias tintas. Era el mayor de 13 hermanos y eso debe imprimir carácter. Fue jornalero en casa del Tío Vicente, minero en la mina del Marqués de Matarrosa del Sil. Hizo un año de mili y tres de Guerra Civil, pero nunca pegó un tiro. Fue a “las siegas del pan” —y de la hierba— a la Cepeda y luego a las Omañas. Fue presidente del barrio de Vega, Albacea de huérfanos, colaborador de orfanatos, labrador, carpintero y el abuelo que todos los niños quisieran tener.

Era el más joven de los cuatro y fue el más longevo, por eso fue con quién más horas pasé. Trabajador incansable, colgó los aperos bien entrado en los setenta, para disfrutar de una merecida jubilación. Fue entonces cuando pasamos largos ratos de tertulia durante los cuales me contó las mil historias que conozco de su intensa y larga vida. A veces, tengo la impresión de haber vivido en aquella época. Durante sus últimos años de vida, lo afeitaba los fines de semana mientras él me repetía una y otra vez las mismas historias. Recordaba que, cuando él se casó, afeitaba todos los domingos a su suegro Victorino y al tío Carlones. Ambos eran impedidos. “Ahora te toca a ti”, me decía, pero estate tranquilo que tú también tendrás quien te afeite. ◆

Juan Francisco Tabernero de Paz: Premio “Carl Zeiss” al mejor investigador joven en óptica oftálmica

Luis Nogaledo



Juan Francisco Tabernero de Paz

Juan Francisco Tabernero de Paz nace en León el 22 de enero de 1979, si bien reside en Ponferrada desde su nacimiento hasta su ingreso en la afamada Universidad de Salamanca, ciudad de la que desciende por parte paterna, aunque es de Noceda del Bierzo por parte materna, en concreto de la familia de Paz.

Juan Francisco estudió en los centros públicos, CEIP Campo de la

Cruz y en el IES “Gil y Carrasco” de Ponferrada.

Prosigue sus estudios universitarios en la USAL (Universidad de Salamanca), finalizando la licenciatura en Física en el año 2002.

Comienza sus estudios de doctorado en el Laboratorio de Óptica de la Universidad de Murcia, dirigido por el catedrático Pablo Artal. Su investigación se centra en el estudio de las propiedades ópticas del ojo humano y en el diseño de lentes intraoculares para cirugía de cataratas. En el contexto de su tesis se consigue entender el mecanismo por el cual el ojo humano se encuentra razonablemente compensado de aberraciones ópticas de forma similar a cómo se diseñaría un sistema óptico artificial. Este resultado fue publicado por la revista *Nature Photonics* en 2008. Tras defender su tesis en diciembre de 2007 (premio extraordinario) se incorpora a la “Sección de Neurobiología del Ojo” de la Universidad de Tubinga

(Alemania), donde centra su investigación en el diseño y testeo de nuevas soluciones ópticas para frenar el desarrollo de la miopía en niños. Desarrolla instrumentación de medida de la refracción periférica del ojo y se caracteriza su relación con la miopía, abriendo nuevas líneas de investigación hoy en día, que son continuadas en laboratorios de todo el mundo.

En enero de 2010 se reincorpora al laboratorio de Óptica en Murcia, donde continúa sus trabajos en la búsqueda de soluciones ópticas contra la presbicia y en el estudio de las propiedades mecánicas de las lentes intraoculares para cataratas.

Juan Tabernero ha publicado más de 30 artículos en revistas internacionales, que son reconocidos con más de 320 citas en publicaciones especializadas. Ha impartido charlas en 5 congresos internacionales y ha realizado estancias de investigación en laboratorios de Estados Unidos, Holanda, Australia y Alemania.

En 2012 recibe el premio europeo “Carl Zeiss” al mejor investigador joven en óptica oftálmica. Con este premio, el Laboratorio de Óptica obtiene un nuevo reconocimiento internacional, según fuentes de la Universidad de Murcia. ◆

La manta roja

Javier Arias Nogaledo

El hombre miró fijamente a los ojos de la mujer y le dijo:

— Mira hermana, no hace falta que vengas más, me han dicho que nos llevan a Asturias. Te dejaré aquí esta manta para que la recojas mañana.

Y así fue, al día siguiente, cuando la mujer volvió, estaba la manta, que era de color rojo, perfectamente doblada.

Desde hacía un tiempo el hombre estaba escondido en algún lugar de las Chanas y su hermana iba todos los días a llevarle un poco de comida.



¿Cuál fue el motivo de su huída?, ¿había robado o asesinado a alguien? No hacían falta muchos motivos en tiempos de guerra para que te acusaran de algo que la mayoría de las veces carecía de fundamento.

El único “delito” que tenían en contra de él eran sus ideas políticas, era un socialista, o sea un rojo de los que llamaban antes y sólo esto era suficiente para acusarle, perseguirle y, llegado el caso, asesinarlo.

Pero nuestro hombre no era un cualquiera, había llegado a ser el cartero del pueblo de Noceda del Bierzo durante un tiempo, era una persona instruida e inteligente y además había visto mundo. Se marchó a Cuba intentando, como otros nocedenses, hacer fortuna, abrirse un porvenir -se decía antes-, ya que en Noceda, y en general en España, la vida era la que era. ¡Qué

curioso!, esto recuerda sospechosamente a los tiempos actuales. Los ciclos de la vida siempre se repiten. Mas no nos desviemos de nuestra historia. Para su desgracia nuestro hombre no tuvo la fortuna necesaria y tuvo que regresar al pueblo, donde al menos se casó y tuvo un hijo, sin embargo otra vez la vida le iba a deparar un durísimo golpe.

Su hijo, de corta edad, murió de una meningitis y después llegó la guerra, el miedo, la huída y la desesperación. Mientras estuvo escondido, su mujer y su suegra fueron detenidas y encarceladas en Ponferrada. Su culpa fue ser la familia del individuo que buscaban, amén de ser también ellas unas “rojas”. Mientras todo esto sucedía, el ganado, en la cuadra, desatendido, sin comer ni ser ordeñado, mugía sin parar, qué culpa tendrían los pobres animales. Nadie se quería hacer cargo de él, ya que, al



Panorámica de La Habana

hacerlo, automáticamente se convertía en cómplice de la familia. Tuvo que ser, otra vez, la hermana del huido quien fuera a hablar con el cacique local a pedirle permiso para atender el ganado. Afortunadamente se lo dió.

Al final terminaron por dejar en libertad a las dos mujeres, ya que no sabían dónde estaba el perseguido. Pero como el mal no descansa nunca, un día se presentaron unos hombres en casa de la hermana del huido, preguntando dónde estaba. Naturalmente, ella no sabía nada. Volvieron, esta vez con una camioneta, y se llevaron detenido a su marido, a plena luz del día, junto con otro “amenazado”.

Al salir del pueblo, en los prados de Quintanilla, el hombre vio a su propio hijo que estaba cuidando las vacas, y a su vez el niño le dijo adiós con la mano, ignorando el destino de su padre. No tendría más de 4 ó 5 años, por increíble que parezca.

Fueron llevados a una zona conocida como Peña Posadera, junto al río, y allí le pusieron una pistola en la sien

— ¿Dónde está tu cuñado?

— No lo sé.

— ¿Dónde está?

Se hizo un silencio. Y al final el dedo de aquel miserable debió arrepentirse porque no apretó el gatillo. De haber-

lo hecho hoy sencillamente muchos-as nocedenses no existirían, o lo que es lo mismo un par de generaciones de una misma familia se habrían perdido. El azar y el destino están en la vida de cada uno de nosotros.

El destino de aquel hombre no fue morir asesinado aquel día, pero el azar le había colocado allí, por ser el cuñado de un hombre al que buscaban. Esa fue su desgracia.

Nunca más se recuperó de aquello y hasta el final de su vida sufrió problemas de corazón. ¿Y qué fue de nuestro hombre?, ¿consiguió huir a Asturias?, ¿se fue de España? O por el contrario, ¿luchó y murió? Quizá fuera detenido y asesinado y ahora está enterrado en cualquier cuneta o monte.

Contó su hermana que una vez un hombre llegó a su casa a pedir limosna y le dijo que su hermano había logrado huir. ¿Verdad o mentira piadosa?

Lo cierto es que su familia no tuvo jamás noticias suyas. Su mujer, pasados unos años, se casó con otro hombre y tuvo otro hijo, decisión ésta por la que fue muy criticada en el pueblo.

Un día subí al desván y al fondo, en una esquina, había una manta vieja, raída y deshilachada. Era de color rojo. ◆

Refilachos pachoucus: (relatos anticuados) Día de cabriada

Toño Sahagún

Na mas que saliou el sol, oyiose nel lugar la vozaca del Coxo llamandu a los perrus mastines del rebaño las cabras:

-¡Toma lira, toma Tacu! – E fuei pa embajo el curreador onde estaba el pilecu de pedra na que ichuis el cucío patacas e sebo remusturao cun una caxadina fariña. Denseguida aparecienun escolingando el rabo e zamponunse el sou almuerzo nun jasús.

Nastonces allegou una cuadriella mineros del pueblu dal llau pa axuntase con outra del llugar e dir a las minas de carbón las Riguirinas.

-Güenos días tiou Anton. –Dijerunyi- ¿Qué tocanyí guardá las cabras?

-Si ome si, una vé cada cincoenta días, mas u menos. ¡Uyudeme! Tené cuido de nun mancabos illí, na mina.

Vulviou pa casa e xunto a la sua muyier Sole e Tasio, el pastor, pusonse almorzar una cazuelica lleichi cun pan migau e un regojo con queisa cuajaritos.



Dempuas Tasio dio nel campanariu los cuatro badallazos de aviso pa que los vicinus eicharan el ganau a la veceira. Asperou na praza a que yi las fueran allegando. Mentres Sole preparou la janta pal día; cumu yiera vixilia ichou güevos cucíos e cebolla pa los dous nuna fambriera e un rebojo de pan, metioullo todo nun mañego e fuei pa onde estaba la cabreada.

Denseguida arriaron pa salir del

pueblu pul cuestu la Roza, encruciarun los soutos castañales del Valleio e Villarín pa salir a las rastrolleras la Gándara. Nastonces allegou Ventura que vulvía de ichá laugua nel sou prau de los Llamazos Enriba e dijois:

-¡Uyede! Andan pur ende tres manguanes el pueblo al llau darriba. Ya sabedes lu que vienen a facé: la prindada.

-¡Tasio! –Vuciou Sole-. Arrebátelas pa aquí. E gracias Ventura, se nun nus avisas, aqueillos fiyus de puta, se allegan a cunuceme valiayis pa prindanus.

Despuas arriaron pur los arrotos el Carbayalín pal monte darriba. Allegarun a la fontán Lluenga e bebienu augua eillos e las cabras e seguierun pal monte. Nel cuestu el Vayo diju Sole:

-Vei tu alantre, Tasio e llama los perros.

Subiou el pastor e al allegare a la acimada pusose acantiar cun dos jeijos un urzal de albaronas onde escomenzaba la valleiya las Devesas. Al cayer los cantos uyienun el aullío dun llobu que estaba agarbau asperando quel rebaño encruziara aquél sitiú. Al uyer el aullío Sole espavoreciouse e gritou:

-¡Tasio, uyiste al llobu!

Pero Tasio lu que fizo fuei llamar a los mastines e enviscolos mentres se riyia:

-¡Tacu, Lira, hala cunel! – Denseguida aventarun el tafo del llobu e arriaron atrás del endino pul cuestu loutro llau la valleiya, e persiguierunlo pur los matiellos hasta perdelu de vista pul sierro el Sardón.

-Vaya corribanda que yi dimus empués del cantazo. –Dijo Tasio cono sou falaxe charruno, riyiéndose del llobu hasta esmorecerse.

- Ay, pus you un nun hey quitau el susto. –Diju Sole.

Mentres las cabras estaban remansiadadas, ruyiendo urcias, carqueisas e froles de piornos; deque se fartaron escomenciaron a encastronarse.

Nastonces diju Sole: -Pur sacauso vuelve el llobu diremus pa Valtulde.

-Aquese, -diju Tasio- nun vuelve pur iquina nuna semana u más.

-¡Hala, ticas ticas! – Escomenzou arriar el rebaño Sole pa la valleiya. Allegadas illí, pusienunse todas a bebé nu riguiral e tumbaronse casi todas a rumear naqué sestiadeiro. Tamién eillos bebienu nuna funtica nu llau darriba, onde había una lousa facendo caño, sorbierun unas embuciadas e fuerun pa los sentayos de los pastores a la selombra dun carvayo albar, onde eilla destapou el mañego e dioyi un prato e un tenedore al compañeiro, destapou tamién la friambriera e diju:

-Güei yia venres de vixilia, asina que na mas tenemos güevos cucios e cebolla en moje, e una sardina desalada.

Nastoncias Tasio amorogou un pouco e diju:

-Sole te comes tu la cebolla e you los güevos.

-Ome- dijui eilla- tamién a mi gustanme los güevos. Toma cuatro cachos e la metá la cebolla.

Despuas de cume unos bocaus dijoyi Tasio: -Sabes que está mu güena la cebolla.

-¡Clarú! No que no. Mira you deju la sardina pa despuas e un cacho del güevo porque nu me gusta el reflán que dí: merienda acabada, fame quitada.

Dempuas de cumer, mentres ichaban la sosiega, dijui Tasio:

-Sabes Sole, escomenciame a cansar este llugar.

Extrañouse eilla e dijui:
-Eso purquei. Llievas tres años cun nosoutros. Paezme que cueidamoste bien. Fásete toda la mantenga e llavasete la roupa. Cuando pasan quince u vinte semanas, axuntas outros tantos días e vaiste onde te paez, e amás duermes todas las nueches en cama. Rayu ya me conformabai you cuna vidalla que llievas tu.

-Non se de esu nun me queijo, -respondioui Tasio- yía quel llugar queda a desamaun pa dir onde soy you a vé la novia e la familia. Na trashumanacia, pul ivierno, ando más cerca de lus mieus.

-Pus acoyúndate e ven a vevir pa eiquí. -Dijuyi Sole.

Acabada la sestia escumenzarun las cabras a subila valleiya, diendo alantre Tasio. Entoncias dijuyi Sole:

-Allegando la calvera la Batieya, turnalas pa abaju, peru nun deixes que vaigan pur onde escapou el llobo.

A la metá la tardecica allegaron a las Devesas e Tasio arrebatou la castro-nada e dijui a Sole:



-¿Acabamos la merendica nesta fontica?

-¿Quieres la sardina u el cachu güevo?

-Yiame lu mesmo. ¡Mira aqueilla igüeda! Va a parir de entrevicio.

-Se yía una chivía cumu va a...

Naquél estonces comencio a fiacer el chivin.

-Tu arrebate la cabrillada. -Diju Tasio nel sou charruno- que ya cueido you que parga bien.

Dempuas de que la madre llambio la cría e mamou del coliestros, metiou nel mañego el criaturu.

-Hala Tasio vei delantre.

Nastonces llegou la mastina cunun coneixo pidiendo un cacho pan a cambio pus estaba ensiñada a facelo.

-Toma Lira munina.

Denseguida pusose toda contenta a royé el pan, que habíase enduraou, cumu yis gusta a los perros.

Cerca la Ardinaya dijuyi a Tasio:

-Cuidau nus purtiellos, que nu se nus desamezan dalgunas pa los panes.

Pur fin alleganun a las casas e la jiente fuei jebrando las suas cabras pa las cortes. Mentres Sole llevou la igüeda a ca el Tete conel criyu.

-¿Cumu rayo pariou aquesta tan xoven? -Dijui El Tete.

-Dijete you, Juan que lu que tenía la chivía nu yiera gordura.- Dijui Gela, la sua muyier.

- Dios te lu pague, Sole.

Dempues pa casa, a cená lu que Antón el Coxo faciera, e pa la cama.

Pasarratus en lliónés

Toño Sahagún

CALDU DE LLIETRAS

Cumu nas “sopas de letras” nel casteillanu, alcuentranse remusturadas palabras de sete e ochu llietras del encrucigrama.

C	A	S	T	U	Ñ	P	R	S	P	O
T	R	A	L	L	I	A	I	A	L	D
O	I	B	U	S	C	C	T	R	A	I
C	R	E	T	N	O	S	P	E	M	O
H	I	O	I	P	U	E	R	R	B	Z
A	L	R	O	Z	R	A	R	B	E	J
A	R	L	O	L	O	R	D	U	R	A
A	L	E	R	E	B	A	S	I	A	R

ENCRUCIAGRAMA

Tumbadas:

1. Primera lletira de padre. Parte da misa onde fanse lleituras. Roentgen. 2. Llimpiou roupa. Riyirse. 3. Primeiras lletiras de "alta". Riyir. Dal revés: tasca. 4. Puñaou masa pa face pan. Fa la segunda llabor a la terra. 5. Nel charruno: fuerciasas, forceosas. 6. Dal revés: faga el palombo la corte a la sua femia. Vozaca pa llamá al cocheo. 7. Tarreno de monte desmorgazao pa sementar. Cincocentos. Interxeción. 8. Primeira lletira. Vacas que teñen las ubres talludas. Roentgen.

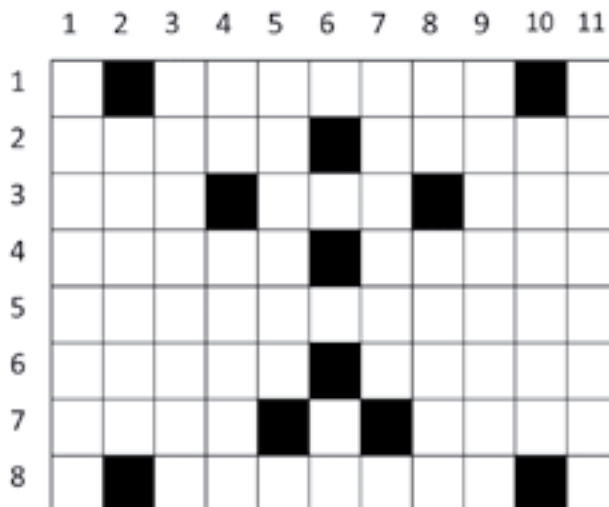
Pinadas:

1. En charruno: chanada. 2. Fueya de tucino. 3. La fabla de Babia y Tsaciana. 4. Dal revés: mirei. Dal revés: odre u pelleiyo onde se maza el lleiche. 5. Sorniar los moucos. Primeira lletira de Ramón. 6. Tantalio. Un. Cen. Cuarta lletira del palabrero. 7. Dal revés: fabla llionesa de Salamanca. Roentgen. 8. Cicoenta e un. Tarreno de monte u prau pa sementar entre vicinus. 9. Vaíste, eíchaste a galopiar. 10. Dal revés: plamberas. 11. Nel patsuezu: rebaxiar.

1.P. Pistola. R. 2. Llavo. Rirse. 3. Alt. Rir. raB. 4. Mason. Abina. 5. Brutachonas. 6. edeuR. Cuchi. 7. Rozo. D. Zaca. 8. A. Ubreras. R.

Pinadas:

1.Plambra. 2. Llardo. 3. Patsuezu. 4. iV. otuoB. 5. Sornar. R. 6. T. I. C. Die. 7. orrahC. R. 8. Li. Bouza. 9. Arrincas. 10. sanahC. 11. Rebasiar.



SOLUCIONES:

ENCRUCIAGRAMA:

Tumbadas:

1.P. Pistola. R. 2. Llavo. Rirse. 3. Alt. Rir. raB. 4. Mason. Abina. 5. Brutachonas. 6. edeuR. Cuchi. 7. Rozo. D. Zaca. 8. A. Ubreras. R.

Pinadas:

1.Plambra. 2. Llardo. 3. Patsuezu. 4. iV. otuoB. 5. Sornar. R. 6. T. I. C. Die. 7. orrahC. R. 8. Li. Bouza. 9. Arrincas. 10. sanahC. 11. Rebasiar.

						P	R	S	P				
						I	A	A	L				
						S	C	T	R	A			
						T	N	S	E	M			
						O	I	U		R	B		
						L	R	Z		B	E		
A	R					O				U	R	A	
A						R	E	B	A	S	I	A	R

El viaje

Ana María Romero Yebra



Desde la luz del Sur vamos al Bierzo para encontrar la luz de los amigos.

Varias veces al año se renueva el rito del reencuentro con su abrazo y el gozo de su cálida acogida.

Es un itinerario conocido de paisajes y pueblos de meseta que nos van acreando poco a poco a las montañas verdes que los guardan y al fértil valle, con su ofrenda hermosa de viñas, de praderas y de ríos donde salmodia el viento entre los chopos el sol patina de oro los frutales y los pájaros vuelan llevándose el azul entre sus plumas.

Compartimos la mesa, los manteleros y acortamos un poco la cosecha de su vino del año mientras que nos reparten su alegría lo mismo que el lacón o la empanada felices de vivir nuestro retorno.

Y sacan los licoreros hechos con las cerezas del verano, con manzanas reingetas y con nueces, arándanos y endrinos en el rico sabor del aguardiente que van a prolongar nuestra velada y hacer más dulces nuestras confianzas.

El tiempo nos iguala y se desliza lleno de plenitud en cada instante como si el don de la amistad sincera fuera para nosotros concebido porque siempre nos llega sin tener emboscadas ni rencores detrás de las esquinas de la vida.

Los amigos ofrecen su estela luminosa al encontrarnos aunque el mundo reparta epidemias de sombra y de tristeza.



Café Bar Paco
C/ Arcos, 28 - Tlf.: 987 517 158
24319 Noceda del Bierzo

Colectivo Cultural



LA IGUIADA

www.necedadaalbierzo.com



AYUNTAMIENTO
DE NOCEDA
DEL BIERZO



DIPUTACIÓN
DE LEÓN

DIPUTACIÓN DE LEÓN



Instituto
Leonés
de
Cultura



Peñaiba
Impresión, S.L.
Calle de la Estrella, s/n
24400 Ponferrada
Tlfos. 987 42 68 44 - Fax 987 42 99 12